

RESEÑA DEL LIBRO *LA FORMACIÓN DE LA TEORÍA ECONÓMICA MODERNA* DE M. SKOUSEN

CRISTÓBAL MATARÁN

El segundo capítulo del libro está dedicado a *La conexión francesa: el sistema de laissez-faire*. Skousen sostiene que la tradición liberal europea arranca, como dijimos, en Adam Smith y la Ilustración escocesa. Sin embargo, esta afirmación es de dudosa aceptación. Lo que surge, lejanamente, con Adam Smith son las consecuencias que desembocarán en el marxismo. Por tanto, donde realmente surge el liberalismo es en la Francia de los s.XVIII y s.XIX, con una serie de autores, a saber: Turgot, Condillac, Condorcet, Say, Bastiat y Tocqueville. Los dos autores más importantes para la ciencia económica son Say y Bastiat. En cuanto a Say, su aportación más importante es la homónima *Ley de Say*: la oferta genera su propia demanda. Esta aseveración debe observarse en su justo contexto. El mercantilismo del s.XVIII daba por sentado que la riqueza de un país venía determinada por la capacidad de parasitar del gobierno: cuantos más controles, aranceles y regulaciones al comercio se impusieran, tanto mejor. El oro y la plata traídos de América eran las únicas fuentes de riqueza posibles. En este sentido, Say se rebela dejando claro que lo que determina la riqueza no es la cantidad de dinero circulando, sino la cantidad de bienes y servicios. Allí donde pueden establecerse industrias con mayor facilidad, se encontrarán los lugares más ricos. La riqueza, por tanto, depende de la producción, no de la cantidad de metal acumulado. Siglo y medio después, el antieconomista Keynes resucitó esta ley para tergiversarla y dar pie a sus teorías inflacionarias y amantes del despilfarro y el control estatal. Keynes cambió esta ley al sostener que la demanda creaba su propia oferta, con el fin de promover el gasto público inútil. Según esta doctrina, la producción de cualquier cosa traerá consigo su demanda. Así, cualquier bien inútil que se nos ocurra podrá ser vendido en el mercado. Esto es cierto,

pero teniendo en cuenta el sistema de precios. Por supuesto que cualquier cosa puede llevarse al mercado para su venta, pero es posible que la única demanda para dicho bien sea a cero unidades monetarias. Por otra parte, el gran economista de esta época fue, sin lugar a dudas, Bastiat. Su ácida e irónica defensa del mercado libre en su obra *Petición de los fabricantes de velas* constituye una de las obras que, por su simpleza, ha gozado de mayor difusión en el liberalismo como crítica a las falacias intervencionistas. En ella, el gremio de fabricantes de velas en Francia solicita al rey la prohibición de la luz solar con el fin de aumentar su producción y, por ende, la riqueza y el empleo. No podría estar más de moda.

Thomas Robert Malthus, el apocalíptico clérigo anglicano, ha pasado a la historia por su teoría de un fin del mundo inminente como consecuencia de la superpoblación. Según su doctrina, la Humanidad crece en una progresión geométrica (2,4,8,16...), mientras que la capacidad para producir alimentos crece en progresión aritmética (2,4,6,8...). Así, la Humanidad está condenada a una especie de peste negra recurrente que elimine una gran parte de la población con el fin de que sobreviva la otra y comenzar de nuevo el proceso. Sin ninguna duda, esta es la primera de las trágicas consecuencias lógicas de la doctrina iniciada por Adam Smith. Su visión estática de la económica conduce necesariamente a una serie de conclusiones que llegarán hasta la de la Escuela Marxista, aunque muchos historiadores del pensamiento económico no hagan distinción y consideren a Marx un clásico más. Resulta paradójico que en los sistemas educativos actuales se enseñe esta doctrina, pero no la refutación de la misma, exactamente lo mismo que con la organización socialista de la economía. Pero volviendo a nuestro análisis, Skousen divide la crítica a Malthus en dos partes: ni la producción de alimentos crecen en progresión aritmética ni la población crece en progresión geométrica. En cuanto a la primera crítica, la acumulación de capital ha llevado a una producción en masa para el sustento de las masas, característica fundamental del sistema capitalista. Gracias a la acumulación de bienes de capital, la producción de alimentos se sitúan en unos niveles que el género humano no pudo ni sospechar hasta hace bien poco. Por otra parte, la población mundial no crece en una progresión tal como creyó Malthus. Más bien al contrario. Aquellos países más entregados al

sistema capitalista ven cómo sus tasas de natalidad bajan hasta el punto de situarse por debajo de los dos nacimientos por familia, es decir, ni siquiera una tasa de reposición. Además, Skousen aprovecha para criticar la política del hijo único en China. Bien es cierto que esta política ha llevado a una reducción de la población en un país que, por otra parte, es tan inmenso y cuenta con tanto terreno que no necesitaría semejante política. Pero dejando esto de lado, Skousen sostiene que hay otra forma de hacer que la población no aumente tanto. En los siglos pasados, los padres concebían una gran prole con la idea de asegurarse los cuidados durante su vejez. Sin embargo, la economía capitalista, si le dejan, puede hacer que estas personas, a través del ahorro, se autodispongan de un capital a su jubilación que les haga mantener su nivel de vida sin problemas. Además, factores como la incorporación de la mujer al mercado laboral a lo largo del s.XX han provocado que la necesidad de tener hijos se posponga o directamente se deseché. Por tanto, la doctrina apocalíptica de Malthus se encuentra ampliamente alejada de la realidad.

El cuarto capítulo de la obra está dedicado a David Ricardo. Tras la lectura del mismo cuesta creer que los libros de Mark Skousen estén en el Mises Institute. Skousen entroniza a Ricardo como el fundador de la teoría económica moderna basada en modelos matemáticos. Su explicación resulta altamente desconcertante: critica la formación matemática, critica a los que no siguen la formación matemática, sostiene que la formación de leyes generales y abstractas no es hacer ciencia y, como traca final, acusa a Mises de seguir el mismo razonamiento matemático, que él llama *abstracto*, que economistas como Keynes, Marshall o Pareto. En cuanto a Ricardo, sus aportaciones pueden centrarse en las siguientes cuestiones. Para empezar, defiende el patrón oro para evitar la intromisión inflacionaria de los gobiernos. A continuación, desarrolla la ley de la ventaja comparativa, según la cual incluso los países con menores capacidades se beneficiarían de un comercio mundial. Hasta aquí las cosas buenas de Ricardo. Sin embargo, sus restantes aportaciones siguieron ahondando en el camino iniciado por Adam Smith que habría de desembocar en el marxismo. No en vano el propio Marx siempre se declaró un seguidor de Ricardo. Podemos resumir la tragedia de Ricardo para el pensamiento

económico en tres ideas: ley de hierro de los salarios, ley de la distribución y ley de los rendimientos marginales decrecientes, la cual, pese a ser cierta, se basa en una fundamentación empírica, sin duda debido al amor de Ricardo por las matemáticas, la física y la química, una camino que habría de equivocar a la ciencia económica durante un siglo.

El último de los grandes autores clásicos es John Stuart Mill. Lo que Skousen resumen de este autor es lo siguiente: se trata de un pensador socialdemócrata y, por ende, totalmente contradictorio en sus plantenamientos. Defiende la tolerancia, la libertad individual, la igualdad de la mujer o las condiciones laborales aceptables. Sin embargo, lo hace desde la perspectiva del socialismo bienintencionado. Cree, al igual que Ricardo, que se puede separar la producción de bienes con su distribución, que los empresarios y trabajadores fabricarán sin saber a dónde irán esos recursos. En otro orden de cosas, Skousen sostiene, acertadamente, que los fascistas italianos y los laboristas ingleses piden en el terreno económico lo mismo. Esta identificación viene a colación de que Mill llamaba socialistas fascistas a este tipo de socialistas. Bien es cierto que Mill vivió un siglo antes de la aparición de los fascistas, por lo que no se le puede culpar de utilizar ese término. Ahora bien, lo que no se entiende es que la traducción le cambie el nombre por *socialismo estatista* porque no sea políticamente correcta la traducción original.

El capítulo dedicado a Marx es, seguramente, el más desconcertante de todo el libro. Bien es cierto que Skousen critica sin límites al Marx economista, pero dice que se puede salvar algo del Marx filósofo, como si fuera algo distinto:

“Así pues, vemos cómo la cultura capitalista nos puede conducir a perder de vista el sentido comunitario y el fin último de toda actividad económica. Esta tendencia hacia el abandono de los verdaderos propósitos de la actividad económica es una desafío permanente para los líderes de los negocios, los inversores y para los ciudadanos, el desafío de retornar a los principios básicos”.

Skousen demuestra en este caso una tremenda ignorancia sobre el sistema económico capitalista. Debemos distinguir entre la

acción del hombre en su día a día, con personas que conoce, y aquel otro aspecto en el que sirve a personas con las que ni jamás hablará, es decir, el mercado. En el primer caso, el capitalismo no deshumaniza a los seres humanos, sino todo lo contrario. Existe en los hombres un impulso innato a hacer el bien en su comunidad, en su quehacer diario, porque eso repercutirá en su beneficio personal. Pero cuando hablamos de producir bienes y servicios en masa para personas que no conocemos, ahí ya debe guiarse por otras señales, como el sistema de precios, ya que no le es posible abarcar con su mente el conocimiento del que puede disponer a pequeña escala¹. Los economistas clásicos del s.XIX se preocuparon de demostrar que el capitalismo no es un sistema consistente en una guerra continua de todos contra todos, sino en la búsqueda de los intereses individuales de manera armónica a los de los demás.

En cuanto a las aportaciones de Marx al pensamiento económico, se limitó a llevar al extremo el sistema ricardiano, especialmente la doctrina del valor-trabajo. Si el trabajo es lo único que otorga valor a las mercancías, entonces los capitalistas se apropian de una parte del trabajo que no les corresponde gracias a instituciones odiosas como la propiedad privada. Esto, según Marx, llevaría al capitalismo a un colapso final y al triunfo del socialismo. Una vez que la teoría del valor-trabajo sea refutada, el edificio marxista se cae en redondo. Lo primero que la crítica liberal se pregunta es, si Marx estuvo tan convencido de haber descubierto “leyes científicas de la producción capitalista”, ¿por qué dejaba fuera de ellas los recursos de la naturaleza? El apelativo *ley* debe explicar todos y cada uno de los casos. El propio Marx resolvió esto diciendo que no era importante, sin ninguna duda un argumento científico brillante. La concentración del capital en monopolios o el descenso de beneficio se explican, asimismo, por la ausencia total de la empresarialidad en el sistema marxista, cuestión que vino muy bien a Lenin para decir que cualquiera con unas nociones de leer y escribir podría convertirse en gerente de una empresa. De esta forma, la empresarialidad se sustituye por una mera gerencia. Habría que esperar tan sólo cuatro años, hasta la publicación de los

¹ Léase Smith, A.: *La teoría de los sentimientos morales*, Alianza Editorial. 2010. Madrid.

Principios de Economía Política de Carl Menger en 1.871 para que el marxismo, al menos intelectualmente, tuviera sólo una vida de cuatro años.

Porque la crítica de los austriacos al sistema marxista fue, con toda probabilidad, el ataque más foribundo lanzado contra una serie de falacias económicas hasta la vuelta a las doctrinas mercantilistas de la mano de John Maynard Keynes en los años 30. Skousen cita los tres primeros economistas que dieron forma a la Escuela Austriaca de Economía: Carl Menger, Eugen Böhm-Bawerk y Friederich von Wieser. Los dos primeros son los más conocidos y los que realizaron aportaciones más importantes. En cuanto a Menger, su obra *Principios de economía política*, ya citada anteriormente, marca el arranque de una nueva doctrina de pensamiento, gracias a la resolución de varios conflictos existentes por la intencionalidad marxista de llevar hasta el extremo la doctrina clásica. En efecto, Menger resuelve acertadamente la paradoja del valor, al explicar que el valor de los bienes está determinado por la utilidad subjetiva que los seres humanos dan a dichos medios. Esta paradoja había desconcertado a los economistas clásicos a lo largo de todo el s.XIX al preguntarse cómo es posible que el pan o el agua, mucho más útiles, tengan menor valor que el oro o los diamantes. Menger explica que la pregunta está mal planteada: no se trata de decidir entre todo el oro del mundo o todo el agua del mundo, sino entre una unidad más de cada cosa. Las decisiones que los seres humanos llevamos a cabo no tienen en cuenta la totalidad de lo que sea, sino una unidad más o unidad menos. De ahí que se llamara a esta conquista *Revolución Marginalista*. De manera simultánea a Menger, León Walras en Francia y William Stanley Jevons en Inglaterra llegaron a la misma conclusión. Por otra parte, correspondería a los dos grandes discípulos de Menger dar el impulso definitivo a la fama de la Escuela Austriaca. En primer lugar, Böhm-Bawerk dedicó su vida a la refutación del marxismo de manera inmisericorde, con unas críticas que siglos y medio después aún no han sido respondidas, salvo con el comodín del polilogismo marxista o con descalificaciones. En cuanto a von Wieser, no alcanzó la talla intelectual de Menger o Böhm-Bawerk, pero fue considerado el mejor profesor y difusor de la doctrina austriaca del

momento, llegando a tener entre sus alumnos a Ludwig von Mises, el cual lo recuerda con especial cariño en sus memorias².

Así, llegamos al la renovación neoclásica de la mano de Marshall, Jevons, Walras y Pareto. Si algo tienen en común estos autores es su enfermiza obsesión por la matematización de la economía. Ya desde el s.XVII parecía que todo aquellos que quisiera contar con el respeto de la profesión científica habría de ser revestido de complicados modelos matemáticos. Olvidaron estos autores la ineludible separación entre el mundo de la ciencia natural y de la ciencia social. Podemos resumir los pecados del neoclasicismo en tres grandes apartados. Por una parte, su exacerbado mecanicismo. Las acciones de los seres humanos no siguen la regularidad típica de los fenómenos físicos. El que una decisión empresarial del pasado tuviera éxito ayer no quiere decir que la tenga mañana. A continuación, los neoclásicos están realmente obsesionados por la utilización de las matemáticas en economía. Pareto cree que puede someter el mundo a un modelo de ecuaciones simultáneas en el que todo quepa. Su mundo es el de suma cero, aquel en el que la ganancia de uno ha de ser la pérdida de otro. Vuelven a postulados mercantilistas del s.XVIII y allanan el terreno a Keynes. Por último, derivado de todo lo anterior, la economía neoclásica se empeña en un fantasmagórico equilibrio perfecto de competencia. Un equilibrio que, por supuesto, nadie conoce pero que los neoclásicos dicen que es el fin último de la economía. Esto, obviamente, sólo puede tener una consecuencia lógica: la posibilidad de organizar el mundo de manera centralizada. Siguiendo a Huerta de Soto, "Así, por ejemplo, el propio Pareto se pone en evidencia y delata este grave inconveniente del formalismo matemático cuando reconoce que todo su enfoque se efectúa de espaldas al verdadero protagonista del proceso social (el ser humano) y que a efectos de su análisis de economía matemática, "the individual can disappear, provided he leaves us his photograph of his tastes"(arreglar). Por último, podemos citar cómo el autor, Skousen, señala acertadamente que esta idea de pensamiento continuará en Estados Unidos de la mano de John Bates Clark, el fundador de la Escuela de

² Léase von Mises, L.: *Autobiografía de un liberal. La Gran Viena contra el estatismo*. Unión Editorial. 2001. Madrid.

Chicago, con su idea del capital como un conjunto homogéneo que se autorreproduce sólo. Sin embargo, debemos criticar el amor de Skousen por los modelos matemáticos de los autores anteriormente citados, por lo que no nos cabe la menor duda de calificar a Skousen como neoclásico en lugar de como austriaco.

El siguiente capítulo está dedicado a la llegada de la ciencia económica a los Estados Unidos. Los nombres de Henry George, John Bates Clark o Ricard T. Ely son de obligado conocimiento para los estudiantes en dicho país. En cuanto a sus teorías, el primero en destacar es George, con su propuesta de un impuesto sobre el 100% del valor de la tierra virgen, con el fin de hacerla producir. George llega a decir que un impuesto con dicho tipo impositivo tendrá efectos beneficiosos en la producción. Sin embargo, el nombre con mayor repercusión es el de John Bates Clarke. Su gran aportación fue tratar el trabajo y la tierra como dos factores de producción normales. Desde hacía casi un siglo, los economistas se enfrentaban al problema de cómo determinar el valor que cada factor productivo produce en un bien final. Skousen abduce erróneamente que fueron los economistas norteamericanos, con Clark a la cabeza, los que dieron solución a este problema. Falso, fue Menger casi medio siglo antes. Según esta doctrina, en un ambiente competitivo cada factor de producción es retribuido según su aportación al proceso productivo. Por tanto, la mejor forma de determinar el valor de, por ejemplo, el trabajo, es un entorno de competencia con plena movilidad de los trabajadores, para ocuparse en aquellas actividades que mayor productividad marginal conlleven. Mises dio una vuelta de tuerca más a esta conquista al señalar que un aumento en el capital disponible hace que la eficiencia marginal del trabajo aumente, no sólo al trabajador que dispone de más equipo capital, sino al conjunto de los trabajadores al volver el trabajo más escaso. Por último, Frank Fetter se convirtió en el primer representante de la Escuela Austriaca en los Estados Unidos con su crítica a la concepción de Clark del capital como un fondo homogéneo que se autorreproduce sólo. El capital depende, obviamente, de las decisiones empresariales y de inversión de los empresarios. El capital puede renovarse de manera errónea o, incluso, no renovarse si el propietario decide no ahorrar con el fin de reponerlo al final de su vida útil. Esta sencilla idea fue olvidada por la Escuela de Chicago.

Los dos siguientes autores escudriñados por Skousen son Veblen y Weber. El primer es un socialista normal y corriente que no entiende el carácter coordinador del mercado. Podríamos definirlo como el socialista moderno: critica el capitalismo erróneamente, dice no querer el marxismo, pero acepta sus postulados uno a uno. En *La teoría de la clase ociosa* demuestra la misma ignorancia que Marx debido a su ataque hacia los capitalistas y empresarios, a los que considera parásitos de la clase obrera. Por el contrario, a Weber se le suele considerar como un defensor del capitalismo, pero es otro socialista más. Para Skousen, la raíz del capitalismo está en el pensamiento protestante, puesto de manifiesto por Weber. Sin embargo, luego acepta que el capitalismo surge en las ciudades del norte de Italia en el s.XIII o que los primeros teóricos defensores del mercado fueron los escolásticos de la Escuela de Salamanca. Pero, aún así, sigue sosteniendo que el capitalismo surge con la Reforma. Más bien, la interpretación histórica debe seguir el siguiente camino: gracias a la fragmentación de la Iglesia en el s.XVI, el poder político no necesitó el poder religioso por sostenerse. Por tanto, se produjo esa definitiva separación Iglesia-Estado. Esto benefició enormemente dos siglos después el surgimiento de la economía de mercado, ya que el creciente sector empresarial no encontró tantas trabas como antaño para su desarrollo. Finalmente, en un párrafo al final del capítulo, Skousen lanza una de sus críticas al capitalismo sin fundamentación ninguna:

“En efecto, la moderna sociedad capitalista es criticada, a menudo, como demasiado impersonal y carentes de valores comunitarios. En la economía rural tradicional, pero primitiva, la gente se conocía y trabajaba con sus vecinos. Hoy en día, bajo el capitalismo impersonal, la gente vive en el anonimato sin relacionarse con sus vecinos. No obstante, a medida que la economía capitalista se extiende por el mundo proporciona nuevas oportunidades, nuevos excedentes de riqueza, y también surgen relaciones amistosas, probablemente diferentes, entre los asociados en los negocios y las asociaciones voluntarias”.

Hablar de que el capitalismo es inmoral es no haber comprendido la obra de Hayek. Por otra parte, el trabajar para personas que no se conocen no es malo, es lo que nos ha hecho salir de ese estado

de “buen salvaje” ensalzado por Skousen en el que nadie vivía más de treinta años. Abducir que el capitalismo acaba con las relaciones personales es totalmente alejado de la realidad: gracias a las comunicaciones modernas estamos en conexión más que nunca con muchas más personas en todo el mundo. Por tanto, Skousen por momentos parece asumir las tesis de Veblen y Weber de incompreensión hacia el sistema capitalista.

Sin embargo, Skousen ofrece a continuación uno de los capítulos más brillantes de todo el manual, aquél dedicado a Irving Fisher. La crítica de Skousen a su fantasmagórica concepción de la economía basada en agregados y fórmulas matemáticas es a la vez sencilla y justa. Los principales errores de Fisher se resumen en una mística concepción del capital todo un todo homogéneo y líquido y una teoría cuantitativa del dinero, pura tautología que nada aporta, pero que sirve para justificar la intervención de su idolatrado banco central a través de la inflación, la devaluación monetaria y el dinero fiat. Resulta totalmente chocante que casi un siglo después del desastre de los seguidores de Fisher a raíz de la crisis del 29 aún monopolicen la enseñanza de la teoría económica en las universidades occidentales. Por fortuna, los economistas austriacos, como de costumbre, salieron al rescate de la teoría económica para formular una correcta explicación de la crisis bursátil del 29.

Porque si algo tienen de meritorio Ludwig von Mises y Friedrich A. von Hayek es haber sido capaces de ofrecer una explicación sobre los ciclos económicos, tan realista y exacta como marginada de la enseñanza. Las explicaciones sobre místicas teorías subconsumistas o sobre shock reales, nunca monetarios, en la economía copan las mentes de los economistas, incapaces de explicar el fenómeno de los recurrentes auges y recesiones de las economías occidentales. Estos dos economistas nacidos en Austria ponen el acento en la inflación crediticia patrocinada por el banco central y sus dramáticas consecuencias en la recesión. Sin embargo, su idea de no interferir en el sistema económico, ni para provocar la recesión ni para tratar de pararla, fue superada por el economista más falaz, oscuro e ignorante de la historia del s.XX, aupado a su posición de semidios de la ciencia económica por los poderes públicos al afirmar que la causa y solución de los males es la falta de intervención gubernamental.

Aun así, el contraataque más conocido, sobre todo dentro de Estados Unidos a las políticas keynesianas fue el lanzado por Milton Friedman en los años 60 y 70. Sin embargo, para los economistas austriacos, los monetaristas no cuentan con ninguna diferencia reseñable respecto a los keynesianos. Bien es cierto que la frase de Friedman “Ahora todos somos keynesianos” está sacada de contexto, lo cual no es óbice para señalar las similitudes entre ambas doctrinas. En primer lugar, ninguno atina con una concepción correcta del tipo de interés. En segundo, ambos defienden el dinero fiduciario no basado en un patrón metálico. Es más, Friedman fue uno de los grandes valedores del fin del patrón-oro en 1973. Tercero, su defensa a ultranza de las nacionalizaciones de los llamados “monopolios naturales”, tema en el que los economistas austriacos estadounidenses han avanzado enormemente en las últimas décadas. Por último, y esto no se menciona en el texto de Skousen, ambos enfoques no conciben un crecimiento económico sin deflación de la oferta monetaria. Es más, en la obra *A monetary history of the United States, 1865-1960*, los autores, Friedman y Schwartz, pasan por alto que el periodo de mayor crecimiento económico en Estados Unidos en toda su historia fue el periodo entre el final de la Guerra de Secesión y la Primera Guerra Mundial, donde el patrón-oro produjo una deflación de precios debido a que la oferta monetaria crecía mucho más lentamente que la producción de bienes y servicios. En 1913 se funda la FED y comienza a fraguarse el desastre de 1929.

Sin embargo, la historia del pensamiento económico no sigue una línea recta. Más bien, sufre continuos retrocesos esporádicos en cuanto avanza un poco. Encontramos un ejemplo muy claro en Joseph Schumpeter. Pese a ser discípulo de von Wieser, no se le puede catalogar en absoluto dentro de la Escuela Austriaca de Economía. Bien es cierto que sitúa al empresario en el centro de la actividad económica, pero su doctrina sobre la venida del socialismo como sustitución del capitalismo demuestra una incompreensión total hacia los procesos de mercado. Por tanto, es totalmente criticable la postura de Skousen al considerarlo “hijo díscolo” de la Escuela Austriaca³. Más bien, su único logro consiste en haber sido

³ Para una certera exposición de la doctrina de Schumpeter, aunque por un autor socialdemócrata que no entra a valorar en ningún momento la validez de la misma,

compañero de clase de Mises en el seminario de Böhm-Bawerk. Finalmente, Skousen acaba este capítulo con una reflexión sobre la caída del bloque comunista y el triunfo del capitalismo. La mención a Margaret Thatcher y sus políticas de privatización está totalmente justificada, aunque el autor olvida que Hayek fue el gran apoyo intelectual de la primera ministra británica.

Ya en el último capítulo de la obra, Skousen realiza algunas reflexiones sobre la situación de la ciencia económica en general. Sin embargo, sus aseveraciones son tremendamente contradictorias. Dice que se ha avanzado mucho en el terreno de las privatizaciones y las liberalizaciones, pero dos párrafos después muestra, acertadamente, cómo los países occidentales han aumentado el peso de su sector público de manera creciente en la segunda mitad del s.XX. En cuanto a los teóricos de la ciencia económica, el más conocido es Stiglitz, aunque Skousen se llega a quedar corto en la crítica a este autor marxista. Por ejemplo, dice que Stiglitz ve como una rémora el que la información esté dispersa entre todos los seres humanos, atacando la base misma que hace posible la Gran Sociedad. El premio nobel llega a calificar como “estrechos o casi inexistentes” a los mercados debido a la información asimétrica que en ellos se da. No se puede ser más ignorante. Hayek nos enseñó hace medio siglo que todos tenemos habilidades distintas gracias a la división intelectual del trabajo, lo cual, en un entorno de intercambios libres y pacíficos, nos hace aumentar enormemente nuestro bienestar. Paradójicamente, ser ignorantes es una gran bendición: todos dependemos de todos. Nadie sobra, nadie queda excluido. Todos podemos aportar al proceso productivo.

léase Heertje, A.: *Schumpeter on the Economics of Innovation and the Development of Capitalism*. Edward Elgar Publishing Limited. Northampton. 2006.